

3 poemas

— Colaboración. La Habana, 19 de julio, 1939 —

La lumbre en la mañana

No es esto ni es aquello, es la tierra que se sucede,
la sinfonía que sabe que la tarde puede crecer de las nieblas,
el corazón de las antiguas corolas, las cosas de su olvido
los brazos que cambian cada noche, la tarde que pasea con el amo,
a su lado,
los jóvenes amantes que se despiden ante el dolor que murmura.
La soledad puede escuchar como los árboles, la soledad puede
sentir apenas como ola que se insinúa,
como tu voz viaja despacio, como tu voz tiene una estrella
sombria, como tu voz se inclina,
como tu voz me inunda de campos que se cubren de cielo
como tu voz cabe en la tierra misma.

El rocío y el sueño

Duerme el que hace sonar el sueño, duerme libre, duerme despacio
como una primavera que se apaga,
como una lámpara que de pronto renace, duerme como los años
que gimen a mi lado.
Antes yo me perdía tantas veces detenido entre sordidas preguntas,
sin ver el día que crecía a mi espalda contemplaba la noche
que repasa callada sus estatuas.
Perdía el horizonte que hace amar a los pueblos donde vive el amor,
creía renacer y golpeaban en mí desoladas preguntas.
Salgo ahora otra vez, sale vaiven de sus quehaceres,
vuelve a llorar la iglesia su música despacio,
vuelve a coger su historia el amador despreciado,
de un lado a otro vuelve a sacudir sus desencantos.
Vuelve ahora que hay otras manos que a partir nos convidan
que hace andar las ciudades a mi lado, que repasa los nombres
cada tarde, que empuja como velas los arados.
Duerme otra vez callada que ya entregó sus sombras el rocío,
que renazco de mí como el amor de las ruinas

que hay que andar al confín de grada en grada, que hay que
encender de nuevo la primavera entumecida.
Duerme amiga tan mía como este corazón que rememora,
duerme tranquila como un cendal de cedros,
duerme otra vez que el mar ya se reanima
y ha de venir el día entre nosotros si nadie lo ha llamado.

Próxima

No es posible—decía—mientras tu sombra cada día se apartaba
de mi lado.
Yo sé que eres aún esparcida ternura,
una mañana hermosa en medio de los árboles,
un arcoiris, un anillo, una montaña, un fervor, una breve colina
algo más que esa agua simple que se beben los moribundos.
Vuelve que los abrazos nos aguardan como dormidas o queridas
ciudades,
vuelve con tu cabello claro que al mismo trigo hermana,
con tu andar taciturno, con tu vestido claro para amar el verano
sabes que los adioses ya helaban el recuerdo.
Ves la tierra que corre por altura y llanos
y es para mí la tierra también tu sueño fresco, tu cabeza querida,
tu brazo descuidado.
Ves la frente incesante, los mares que murmuran.
¿Qué ha sido nuestro amor comparado a esta batalla?
¿Qué ha sido él comparable a la gota de sangre que ya precede
mis acciones?
Te hallo de nuevo, río tierno, galope entusiasmado, murmullo
diario.
Ven con tus años jóvenes a animar nuestro rayo,
con tu risa despierta, tu cabellera enérgica,
con tu caudal de sueños que tendrás que llenarlos.

ALBERTO BAEZA FLORES

Juan Pondo

Juan Pondo era un vagabundo de edad indefinible; cuya historia era de todos ignorada. Le llamaban Juan, pero nadie sabía si era su verdadero nombre. En cuanto al Pondo, le venía de una enfermedad. En algunas regiones colombianas *pondo* es una palabra que se emplea para designar un dedo cuando está tumefacto por una afección cualquiera. Así «tener un pondo» es tener un dedo hinchado. Aquel vagabundo sufría de un mal crónico en un pie, lo que, como se comprende, le obligaba a renquear. Juan Pondo tenía un amigo; Benjamín (*), y una pasión: la vieja Clarisa. Esto se explica; la anciana cocinera le daba de comer y le dejaba dormir en el corredor; Benjamín era su compañero de dormitorio y de mesa.

(Lo cuenta Pedro Sondereguer en su novela *Quibdó*. Buenos Aires, 1927).

*

«Perro no come perro»

Prof. Pickup.—El próximo año, querido, si tú quieres, iremos a Moscú. Ahora estoy reflexionando para encontrar la explicación de un comportamiento tan contradictorio. ¿Por qué la política rusa ha intervenido en la guerra civil alemana para daño de la república de Weimar y para ventaja del Tercer Imperio? ¿Y por qué el estado mayor y la policía de un estado democrático, en vez de intervenir para salvar la democracia, cuando está ésta en peligro, ayudan al fascismo? Acaso una respuesta a estas preguntas puede ser encontrada sobre la huella de este pensamiento de Pareto; «Co-

mo en otras colectividades, las clases gubernamentales cumplen acciones lógicas y acciones ilógicas. La parte principal del fenómeno es la organización y no la voluntad consciente de los individuos, que, en algunos casos, pueden ser arrastrados por la organización hacia donde su voluntad consciente no los llevaría nunca».

Tomás el clínico.—Con fórmulas menos misteriosas, ilustre profesor, Marx ya había afirmado lo mismo. Las instituciones humanas obedecen a otros impulsos que a los de la psicología individual de quienes las gobiernan. Por mucho que las instituciones autoritarias puedan ser entre sí opuestas, según la diversidad de los intereses que representan, aun más grande es sin embargo el contraste entre ellas y la libertad. Y frente al peligro común, ellas encuentran siempre una manera de ayudarse; según el dicho popular: «perro no come perro».

(Ignazio Silone, *La escuela de los dictadores*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1939).

*

Faltó el comentarista hábil

Sacerdotes son los literatos más notorios de España, Lope, Calderón, Tirso, Góngora. Desgracia irremediable, que sus conquistadores no fueran literatos o si lo eran excepcionalmente no «realizaran» los prodigios que estaban presenciando ni la naturaleza nunca vista que atravesaban. En otra parte he recordado la sorpresa de Humboldt, su asombro de que Ercilla o Barco Centenera no supieran decirnos las bellezas de América sino conservaran los ojos puestos en su Europa. Para divertir a sus soldados ex-

tenuados el autor de *La Araucana* les cuenta la aventura de Dido y Eneas...

No quiso el destino que naciera en América quien pudiera lograr como Cervantes la conjunción extraordinaria de meditador y hombre de acción. Nadie supo comentar la aventura de esos ingeniosos hidalgos que vieron encantamientos verdaderos y princesas morenas con quienes fundar en insulas fragosas una dinastía de adelantados. Los que escribieron la historia del Perú eran pendolistas de buena voluntad y deliciosa ingenuidad como Jerez o profesionales de la pluma que nunca vieron un campo de batalla.

El proceso histórico de la conquista quedó así en manos de frailes.

(Ventura García Calderón. *Vale un Perú*. París, 1939).

*

El ejemplo de Flora (*)

Pretendía Charles Peguy que para comprender a los pobres hay que haber nacido pobre, pues, según él, ni el desinteresado fervor ni la imaginación apostólica, pueden suplir este acercamiento carnal al menesteroso. El ejemplo de Flora lo desmiente. Tan cerca de ellos la sintieron estos obreros de Francia que a su muerte, se cotizaron todos para pagar su piedra funeraria. Fue día de luto para los humildes la desaparición de aquella Nuestra Señora de los Desamparados.

(Lo cuenta Ventura García Calderón, en su libro *Vale un Perú*. París, 1939).

(*) La socialista peruana Flora Tristán.

(*) Así se llamaba el perro de la casa.